

UN SERMÓN DE AVIVAMIENTO

Volumen 1 – Sermón No. 296

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 26 DE ENERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

***“He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán”
Amós 9:13***

Las promesas de Dios no se agotan cuando se cumplen, pues una vez cumplidas siguen siendo tan buenas como antes, y podemos esperar un segundo cumplimiento de ellas. Las promesas del hombre, incluso en el mejor de los casos, son como una cisterna que sólo contiene un suministro temporal, pero las promesas de Dios son como una fuente, nunca se vacían, siempre rebosan, de tal manera que puedes extraer de ellas todo lo que aparentemente contienen, y seguirán estando tan llenas como siempre. Por eso es frecuente encontrar una promesa que contiene un significado literal y espiritual a la vez.

En el sentido literal ya se ha cumplido al pie de la letra, en el sentido espiritual también se cumplirá, y no faltará ni una jota ni una tilde de ella. Esto es cierto de la promesa particular que tenemos ante nosotros. Originalmente, como ustedes saben, la tierra de Canaán era muy fértil, era una tierra que manaba leche y miel. Incluso donde no se había cultivado, la tierra era tan fructífera, que las abejas que chupaban la dulzura de las flores silvestres producían tales masas de miel, que a veces los mismos bosques estaban inundados de ella. Era "tierra de trigo, cebada, vides, higueras y granados; tierra de aceite de oliva y miel".

Sin embargo, cuando los hijos de Israel empuñaron la reja del arado y empezaron a utilizar las diversas artes de la agricultura, la tierra se volvió excesivamente fértil y producía tanto maíz que podían exportar a través de los fenicios tanto maíz como vino y aceite, incluso a las columnas de Hércules, de modo que Palestina se convirtió, como Egipto, en el granero de las naciones.

Es algo sorprendente descubrir que ahora la tierra es estéril, que sus valles están resecos, y que los miserables habitantes recogen míseras cosechas del árido suelo. Sin embargo, la promesa sigue siendo cierta, que un día en la misma carta Palestina será tan rica y fructífera como siempre lo fue.

Hay quienes entienden el asunto y afirman que si una vez se pudiera eliminar el rigor del dominio turco, si los hombres estuvieran a salvo de los ladrones, si el hombre que sembró pudiera cosechar y conservar el grano que su propia industria había sembrado y recogido, la tierra podría volver a reír en medio de las naciones y convertirse en la alegre madre de los niños.

No hay ninguna razón en el suelo para su esterilidad. Es simplemente la negligencia que se ha producido, por el hecho de que cuando un hombre ha sido laborioso, sus ahorros le son arrebatados por la mano de la rapiña, y la misma cosecha por la que trabajó a menudo es cosechada por otro, y su propia sangre derramada sobre el suelo.

Pero mis queridos amigos, aunque esta promesa sin duda se llevará a cabo, y cada palabra de ella se verificará, de modo que las cumbres de ese país volverán a dar la vid, y la tierra fluirá con vino, sin embargo, considero que esto es más plenamente una promesa espiritual que temporal, y creo que el comienzo de su cumplimiento es ahora discernible, y veremos las buenas manos del Señor sobre nosotros, de modo que el labrador superará al segador, las montañas destilarán mosto, y todas las collados se derretirán.

En primer lugar, esta mañana me esforzaré por explicar mi texto como una promesa de avivamiento; en segundo lugar, lo tomaré como una lección de doctrina; luego, como un estímulo para el esfuerzo cristiano; y concluiré con una o dos palabras de advertencia para aquellos cuyos corazones no están entregados a Cristo.

I. Primero, tomo el texto como **una gran promesa de avivamiento espiritual**. Y aquí, al mirar atentamente el texto, observaremos varias cosas muy agradables.

1. En primer lugar, observamos una promesa de cosecha sorprendente. De acuerdo con la metáfora aquí utilizada, la cosecha será tan grande que antes de que los segadores puedan recogerla completamente, el labrador comenzará a arar para la próxima cosecha; mientras que la abundancia de frutos será tan sorprendente que antes de que el pisador de uvas pueda haber exprimido todo el jugo de la vid, llegará el tiempo de sembrar la semilla. Una estación, debido a la abundante fertilidad, se prolongará en otra.

Ahora todos ustedes saben, amados, lo que esto significa en la iglesia. Profetiza que en la iglesia de Cristo veremos la más abundante recolección de almas. El sueño de Faraón ha sido representado otra vez en el siglo pasado. Hace unos cien años, si puedo mirar hacia atrás en mi sueño, pude haber visto siete espigas de maíz en un tallo, fuertes y robustas, luego, el tiempo de la abundancia se fue, y he visto, y ustedes han visto en su propia vida, las siete espigas de maíz flacas y marchitas en el viento del este. Las siete espigas secas devoraron a las siete espigas gordas, y hubo una gran hambre en la tierra.

He aquí, veo en tiempos de Whitefield, siete novillos que suben del río, gordos y bien alimentados, y desde entonces hemos vivido para ver siete vacas flacas que suben del mismo río, y ¡he aquí! las siete vacas flacas se han comido a las siete vacas gordas, y sin embargo, ¿no han sido mejores por todo lo que han comido? Leímos acerca de tan maravillosos avivamientos hace cien años, que la música de sus noticias no ha cesado de resonar en nuestros oídos, pero hemos visto, ay, una temporada de letargo, de pobreza de alma entre los santos, y de negligencia entre los ministros de Dios. El producto de los siete años se ha consumido por completo, y la iglesia no ha sido la mejor.

Ahora, entiendo sin embargo, estamos a punto de ver los siete años gordos de nuevo. Dios está a punto de enviar tiempos de sorprendente fertilidad a Su iglesia. Cuando se ha predicado un sermón en estos tiempos modernos, si un pecador se ha convertido por él, nos hemos regocijado con un gozo sospechoso, pues lo hemos considerado algo asombroso. Pero hermanos, donde hemos visto a uno convertido, todavía podemos ver a cientos, donde la Palabra de Dios ha sido poderosa para decenas, será bendita para miles, y donde cientos en años pasados la han visto, naciones se convertirán a Cristo.

No hay razón para que no veamos centuplicado todo el bien que Dios nos ha dado, pues hay vigor suficiente en la semilla del Señor para producir una cosecha mucho más abundante que cualquiera que hayamos recogido hasta ahora.

Dios el Espíritu Santo no escatima su poder. Cuando el sembrador salió a sembrar su semilla, parte de ella cayó en buena tierra, y produjo fruto, parte veinte veces mayor, parte treinta veces mayor, pero está escrito: "Parte ciento por uno".

Ahora, hemos estado sembrando esta semilla, y gracias a Dios, la he visto producir veinte y treinta veces más, pero espero verla producir cien veces más. Confío en que nuestra cosecha será tan abundante, que mientras estamos recogiendo la cosecha, será tiempo de sembrar de nuevo, que las reuniones de oración serán seguidas por la investigación de las almas en cuanto a lo que deben hacer para ser salvos, y antes de que la reunión de los investigadores haya terminado, será tiempo otra vez de predicar, otra vez de orar, y entonces antes de que termine, habrá otra afluencia de almas, la piscina bautismal se agitará de nuevo, y cientos de hombres convertidos acudirán a Cristo.

¡Oh! nunca podremos contentarnos con seguir como lo han hecho las iglesias durante los últimos veinte años. No quisiera ser censor, pero solemnemente en mi propio corazón no creo que los ministros de nuestras iglesias hayan estado libres de la sangre de los hombres.

No diría una palabra dura si no me sintiera obligado a hacerlo, pero me veo obligado a recordar a nuestros hermanos que, aunque Dios envíe el avivamiento que quiera, no los

exonerará de la terrible culpa que pesa sobre ellos por haber sido ociosos y dilatorios durante los últimos veinte años.

Que se salven todos los que viven ahora, pero ¿y los que se han condenado mientras nosotros dormíamos? Que Dios reúna a multitudes de pecadores, pero ¿quién responderá por la sangre de esos hombres que han sido arrastrados a la eternidad mientras nosotros seguíamos nuestra manera canónica, contentos de ir por el camino de la formalidad, y caminar por la senda de la aburrida rutina, pero nunca llorando por los pecadores, nunca agonizando por las almas? No todos los ministros de Cristo están despiertos todavía, pero sí la mayoría de ellos.

Ha llegado un tiempo feliz de despertar, la trompeta se ha puesto a su oído, y la gente ha oído el sonido también, y tiempos de refrigerio han venido de la presencia del Señor, nuestro Dios, pero no han llegado antes de que fueran necesarios, porque mucho los necesitábamos, de lo contrario seguramente la iglesia de Cristo habría muerto en una formalidad muerta, y si su nombre hubiera sido recordado, habría sido como una vergüenza y un silbido sobre la faz de la tierra.

2. La promesa, pues, me parece que transmite la idea de cosechas sorprendentes, y creo que también la idea de una rapidez asombrosa. Fíjense en la rapidez con que se suceden las cosechas. Entre la cosecha y el arado hay una temporada, incluso en nuestro país, en el Este es un período más largo. Pero aquí se ve que tan pronto como el segador ha cesado su trabajo, o apenas lo ha hecho, el labrador le pisa los talones. Esta es una rapidez que es contraria al curso de la naturaleza, sin embargo es muy consistente con la gracia.

Nuestras antiguas iglesias bautistas del país tratan a los jóvenes conversos con lo que llaman veraneo e internada. Cualquier creyente joven que quiera unirse a la iglesia en el verano, debe esperar hasta el invierno, y lo posponen de vez en cuando, hasta que a veces pasan cinco o seis años antes de que lo admitan, quieren probarlo y ver si es apto para unirse con almas tan piadosas como ellos.

De hecho, entre todos nosotros hay una tendencia a imaginar que la conversión debe ser una obra lenta: que así como el caracol se arrastra lentamente en su camino, así la gracia debe moverse muy pausadamente en el corazón del hombre. Hemos llegado a creer que hay más divinidad verdadera en los estanques estancados que en los destellos luminosos. No podemos creer ni por un momento en un método rápido para llegar al reino de los cielos.

Todo hombre que va allí debe ir con muletas y cojear todo el camino, pero en cuanto a las bestias veloces, en cuanto a los carros cuyos ejes están calientes por la velocidad, no acabamos de entenderlo ni de comprenderlo.

Ahora, observen, aquí se da una promesa de un avivamiento, y cuando ese avivamiento se cumpla, esta será una de sus señales: el maravilloso crecimiento en gracia de aquellos que son convertidos. El joven convertido se adelantará ese mismo día para hacer profesión de su fe, tal vez antes de que haya pasado una semana sobre su cabeza lo oirán defender públicamente la causa de Cristo, y antes de que hayan pasado muchos meses lo verán de pie para contar a otros lo que Dios ha hecho por su alma.

No hay necesidad de que el pulso de la iglesia sea siempre tan lento. El Señor puede acelerar su corazón de modo que su pulso palpite tan rápidamente como el pulso del tiempo mismo, sus inundaciones serán como el torrente del Cisón cuando barrió las huestes de Sísara en su furia. Como el fuego del cielo se precipitará el Espíritu desde los cielos, y como el sacrificio que instantáneamente ardió hacia el cielo, así arderá la iglesia con ardor santo y glorioso. Ya no conducirá pesadamente con sus ruedas arrancadas, sino que como el carro de Jehú, hijo de Nimsi, devorará la distancia en su prisa. Me parece que esa es una de las promesas del texto: la rapidez de la obra de la gracia, de tal manera que el arador alcanzará al segador.

3. Pero una tercera bendición es muy manifiesta aquí, y una que de hecho ya nos ha sido dada. Observa la actividad del trabajo que se menciona en el texto. Dios no promete que habrá cosechas fructíferas sin trabajo, pero aquí encontramos mención de labradores, segadores, pisadores de uvas y sembradores de semillas, y todas estas personas están rodeadas de singular energía.

El labrador no espera, porque, dice, aún no ha llegado la estación de arar para mí, sino que viendo que Dios está bendiciendo la tierra, tiene su arado listo, y no bien se grita una cosecha a casa, está listo para arar de nuevo. Y lo mismo sucede con el sembrador, tiene que preparar su cesto y recoger su semilla, pero cuando oye los gritos de la vendimia, está listo para salir a trabajar.

Ahora, hermanos míos, una señal de un verdadero avivamiento, y de hecho una parte esencial de él, es el aumento de la actividad de los obreros de Dios. Hubo un tiempo en que nuestros ministros pensaban que predicar dos veces en domingo era el trabajo más duro al que un hombre podía estar expuesto. Pobres almas, no podían pensar en predicar un día de la semana, o si había una vez una conferencia, tenían bronquitis, se veían obligados a ir a Jerusalén, y descansar, pues pronto morirían si trabajaban demasiado.

Nunca he creído en el duro trabajo de predicar. Nos encontramos capaces de predicar diez o doce veces a la semana, y descubrimos que somos más fuertes por ello; que, de hecho, es la más sana y bendita labor en el mundo. Pero el clamor solía ser que nuestros ministros apenas tenían trabajo, que debían ser consentidos y apartados para ser vestidos de terciopelo,

y que sólo debían ser sacados para hacer un poco de trabajo ocasionalmente, y luego ser compadecidos cuando ese trabajo estaba terminado. Hoy en día no oigo nada de eso.

Me encuentro con mis hermanos en el ministerio que son capaces de predicar día tras día, día tras día, y no están ni la mitad de fatigados de lo que estaban, y vi a un hermano ministro esta semana que ha estado teniendo reuniones en su iglesia todos los días, y la gente ha sido tan ferviente que lo mantendrán muy a menudo desde las seis de la tarde hasta las dos de la mañana.

"¡Oh!" dijo uno de los miembros, "nuestro ministro se matará". "Él no", dije yo, "ese es el tipo de trabajo que no matará a nadie. Es predicar a una congregación adormecida lo que mata a los buenos ministros, pero no predicar a gente seria".

Cuando lo vi, le brillaban los ojos, y le dije: "Hermano, no pareces un hombre al que están matando". "Matado, hermano mío", dijo él, "por qué estoy viviendo el doble de lo que vivía antes, nunca estuve tan contento, ni tan animado, ni tan bien". Dijo él: "A veces me falta mi descanso y quiero mi sueño, cuando mi gente me mantiene despierto hasta tan tarde, pero nunca me hará daño, de hecho", dijo, "me gustaría morir de una enfermedad como esa, la enfermedad de ser tan grandemente bendecido". Tenía ante mí un ejemplo del labrador que se adelantó al segador, de uno que sembraba la semilla, que pisaba los talones de los hombres que recogían la cosecha.

Y la actividad semejante hemos vivido para ver en la iglesia de Cristo. ¿Habíais conocido antes tanta actividad en el mundo cristiano? Hay hombres de cabeza gris a mi alrededor que conocen la iglesia de Cristo desde hace sesenta años, y creo que pueden darme testimonio de que nunca conocieron tanta vida, tanto vigor y tanta actividad como en la actualidad. Todo el mundo parece tener una misión, y todo el mundo la está cumpliendo.

Puede que haya muchos perezosos, pero ahora no se cruzan en mi camino. Solía estar siempre dándoles patadas, y siempre recibía patadas por hacerlo. Pero ahora no hay nada que patear, todos están trabajando, la Iglesia de Inglaterra, los Independientes, los Metodistas y los Bautistas; no hay un solo escuadrón que esté oragado, tienen todas sus armas listas, y están hombro con hombro, listos para hacer una tremenda carga contra el enemigo común. Esto me lleva a esperar, puesto que veo la actividad de los labradores y viñadores de Dios, que se avecina un gran avivamiento, que Dios nos bendecirá, y muy pronto.

4. Sin embargo, aún no hemos agotado nuestro texto. La última parte dice: "Los montes destilarán mosto". No es probable que haya vino en las montañas. Puede haber arroyos y cataratas que salten por sus laderas, pero ¿quién ha visto alguna vez fuentes de vino tinto brotando de las rocas o brotando de las collados? Sin embargo, aquí se nos dice que "los

montes destilarán mosto", por lo que debemos entender que las conversiones tendrán lugar en lugares inusuales.

Hermanos, hoy se nos cumple literalmente esta promesa. Esta semana he visto lo que nunca antes había visto. En estos últimos seis años me ha tocado predicar a congregaciones llenas de gente, y ver cómo muchas, muchas almas eran llevadas a Cristo; no ha sido nada inusual para nosotros ver a los más grandes y nobles del país escuchando la Palabra de Dios, pero esta semana he visto, repito, lo que mis ojos nunca antes habían contemplado, acostumbrado como estoy a cosas extraordinarias.

He visto a la gente de Dublín, sin excepción, desde los más altos hasta los más bajos, agolparse para escuchar el Evangelio. He sabido que mi congregación ha estado constituida en una medida considerable por católicos romanos, y los he visto escuchar la Palabra con tanta atención como si hubieran sido protestantes.

He visto a hombres que nunca antes habían oído el Evangelio, hombres militares, cuyos gustos y hábitos no eran probablemente los del ministro puritano, que sin embargo se han sentado a escuchar, es más, han venido de nuevo, se han empeñado en encontrar el lugar donde pudieran oír mejor, se han sometido a ser abarrotados, para poder apretujarse para oír la Palabra, y nunca antes he visto un afán tan intenso de la gente por escuchar el Evangelio.

He oído también noticias alentadoras de trabajos que se llevan a cabo en los lugares más insospechados: hombres que no podrían hablar sin llenar su conversación de juramentos han venido, sin embargo, a escuchar la Palabra, han escuchado y se han convencido, y si la impresión no desaparece, se ha hecho algo por ellos que no olvidarán ni en la eternidad.

Pero lo más agradable que he visto es esto, y debo contártelo. Hervey dijo una vez: "Cada barco flotante, un infierno flotante". De todas las clases de hombres, se ha supuesto que el marinero es el hombre menos propenso a ser alcanzado por el Evangelio. En la travesía de Holyhead a Dublín y viceversa, dos travesías excesivamente duras, pasé las horas más agradables de mi vida.

En el primer barco en el que entré, me encontré con que los marineros me estrechaban las manos muy efusivamente. Pensé: "¿Qué pueden saber de mí estos marineros?" Y me llamaban "hermano". Por supuesto, yo también me sentía su hermano, pero no sabía cómo habían llegado a hablarme de aquella manera.

Los marineros no solían llamar "hermano" a los ministros.

Me prestaron la más oficiosa atención, y cuando pregunté: "¿Por qué es usted tan amable?" "Pues", dijo uno, "porque amo a vuestro Maestro, el Señor Jesucristo". Indagué y descubrí que

de toda la tripulación sólo había tres hombres inconversos, que aunque la mayoría de ellos habían estado antes sin Dios y sin Cristo, todos se habían convertido por una repentina visitación del Espíritu de Dios.

Hablé con muchos de ellos, y nunca he visto hombres más espirituales y de mentalidad más celestial. Tienen una reunión de oración todas las mañanas antes de que el barco zarpe, y otra reunión de oración después de que llega a puerto, y los domingos, cuando atracan frente a Kingstown o Holyhead, un ministro sube a bordo y predica el Evangelio, los camarotes están abarrotados, el servicio se celebra en cubierta cuando puede ser, y me dijo un testigo presencial: "El ministro predica muy seriamente, pero me gustaría que oyera orar a los hombres, nunca había oído orar así", dijo, "oran con tal poder, como sólo un marinero puede orar".

Mi corazón se llenó de alegría al pensar que un barco se había convertido en una iglesia flotante, un verdadero Betel para Dios. Cuando regresé en otro barco, no esperaba ver nada parecido, pero era exactamente lo mismo. La misma obra se había llevado a cabo. Caminé entre ellos y hablé con ellos. Todos me conocían. Un hombre sacó de su bolsillo un viejo libro forrado de cuero en Welch: "¿Conoce usted el retrato de este hombre de delante?", dijo. "Sí", respondí, "creo que sí, ¿lee usted estos sermones?". "Sí, señor", respondió, "hemos tenido sus sermones a bordo de este barco, y los leo en voz alta tan a menudo como puedo. Si viene un buen pasaje, reúno a unos cuantos a mi alrededor y les leo un sermón".

Otro hombre me contó la historia de un caballero que se quedó riendo mientras se cantaba un himno, y uno de los hombres propuso que oraran por él. Así lo hicieron, y aquel hombre fue repentinamente abatido, y comenzó en el muelle a clamar misericordia y a suplicar a Dios que le perdonara. "¡Ah! señor", dijeron los marineros, "tenemos la mejor prueba de que aquí hay un Dios, pues hemos visto a esta tripulación maravillosamente llevada al conocimiento de la verdad, y aquí estamos, hombres alegres y felices, sirviendo al Señor."

Ahora bien, ¿qué diremos de esto, sino que las montañas destilan mosto? Los hombres que eran más ruidosos con sus juramentos, son ahora más ruidosos con sus canciones, aquellos que eran los más queridos hijos de Satanás, se han convertido en los más fervientes defensores de la verdad, pues fíjate, una vez que los marineros se convierten, no hay fin al bien que pueden hacer.

De todos los hombres que pueden predicar bien, los marineros son los mejores. El marinero ha visto las maravillas de Dios en las profundidades, el resistente alquitrán británico tiene un corazón que no está hecho de una materia tan fría como muchos de los corazones de los hombres de tierra, y cuando ese corazón es tocado una vez, da grandes latidos, envía grandes pulsos de energía a través de todo su cuerpo, y con su celo y energía ¿qué no puede hacer, si

Dios lo ayuda y lo bendice?

5. Esto parece estar en el texto, que un tiempo de avivamiento será seguido por una conversión muy extraordinaria. Pero aunque en el tiempo de avivamiento, la gracia es puesta en lugares extraordinarios e individuos singulares son convertidos, sin embargo éstos no están un poco detrás de los convertidos usuales, porque si ustedes notan el texto no dice, "Los montes destilarán mosto" meramente, sino que "destilarán dulce mosto". No dice que las collados arrojarán pequeños arroyos, sino que todos las collados se derretirán.

Cuando los pecadores, los libertinos y los perversos se convierten a Dios, decimos: "Bueno, es algo maravilloso, pero no supongo que serán cristianos de primera clase". Lo más maravilloso es, que estos son los mejores cristianos vivos, el vino que Dios trae de las collados es mosto, que cuando las collados se derriten todos se derriten. Los ministros más extraordinarios de todos los tiempos han sido los pecadores más extraordinarios antes de la conversión.

Nunca hubiéramos tenido un John Bunyan, si no hubiera sido por la blasfemia de Elstow Green, nunca hubiéramos oído hablar de un John Newton, si no hubiera sido por su maldad a bordo de un barco. Quiero decir que él no habría conocido las profundidades de Satanás, ni la dura experiencia, ni siquiera el poder de la gracia divina, si no se le hubiera permitido extraviarse salvajemente, y luego maravillosamente ser traído de vuelta.

Estos grandes pecadores no son ni un ápice inferiores a los que han sido educados bajo influencias piadosas, y así han sido traídos a la iglesia. Siempre en el avivamiento encontrarán que este es el caso, que los convertidos no son inferiores a los mejores convertidos de los tiempos ordinarios; que los romanistas y los hombres que nunca han oído el Evangelio, cuando se convierten, son tan fieles en su fe, tan sinceros en su amor, tan precisos en su conocimiento y tan celosos en sus esfuerzos, como las mejores personas que jamás hayan sido traídas a Cristo. "Los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán".

II. Ahora debo pasar muy brevemente al otro punto: *¿cuál es la lección doctrinal que se enseña en nuestro texto, y qué nos enseña un avivamiento?*

Creo que es precisamente esto, que Dios es el monarca absoluto de los corazones de los hombres. Dios no dice aquí si los hombres están dispuestos, sino que da una promesa absoluta de una bendición. Es tanto como decir: "Yo tengo la llave de los corazones de los hombres, yo puedo inducir al labrador a superar al segador, yo soy el Señor de la tierra; por dura y pedregosa que sea, yo puedo quebrarla, y puedo hacerla fructífera".

Cuando Dios promete bendecir a su iglesia y salvar a los pecadores, no añade: "Si los

pecadores están dispuestos a salvarse". No, ¡gran Dios! Tú conduces el libre albedrío en dulce cautividad, y tu libre gracia es toda triunfante. El hombre tiene libre albedrío, y Dios no lo viola, sino que el libre albedrío es dulcemente atado con grilletes del amor divino hasta que se vuelve más libre de lo que jamás fue antes.

El Señor, cuando quiere salvar a los pecadores, no se detiene a preguntarles si quieren ser salvos, sino que, como un viento impetuoso, la influencia divina barre todo obstáculo, el corazón renuente se doblega ante el potente vendaval de la gracia, y los pecadores que no querían ceder son hechos ceder por Dios.

Yo sé esto: si el Señor lo quisiera, no hay aquí esta mañana ningún hombre tan desesperadamente malvado que no fuera llevado ahora a buscar misericordia, por muy infiel que fuera, por muy arraigado que estuviera en sus prejuicios contra el Evangelio, JEHOVÁ no tiene sino que quererlo, y es hecho. En tu oscuro corazón, oh tú que nunca has visto la luz, si la luz fluyera, si Él dijera: "Hágase la luz," habría luz. Puedes doblar tu puño y alzar tu boca contra Jehová, pero Él es tu Señor todavía, tu Señor para destruirte, si continúas en tu maldad, pero tu Señor para salvarte ahora, para cambiar tu corazón y cambiar tu voluntad, como Él cambia los ríos de agua.

Si no fuera por esta doctrina, me pregunto dónde estaría el ministerio. El viejo Adán es demasiado fuerte para el joven Melanchthon. El poder de nuestra predicación no es nada; no puede hacer nada en la conversión de los hombres por sí misma; los hombres son endurecidos, obstinados, indiferentes; pero el poder de la gracia es mayor que el poder de la elocuencia o el poder de la seriedad, y una vez que ese poder se pone en marcha, ¿qué puede oponerse a él? La omnipotencia divina es la doctrina de un avivamiento. Puede que no lo veamos en días ordinarios, debido a la frialdad de nuestros corazones, pero debemos verlo cuando se llevan a cabo estas extraordinarias obras de gracia.

¿No has oído nunca la fábula oriental del derviche que quería enseñar a un joven príncipe la existencia de Dios? La fábula cuenta que el joven príncipe no podía ver ninguna prueba de la existencia de una causa primera, así que el derviche trajo una plantita y la puso delante de él, y a su vista aquella plantita creció, floreció, dio frutos y se convirtió en una hora en un árbol altísimo.

El joven levantó las manos asombrado y dijo: "Dios debe haber hecho esto". "Oh, pero", dijo el maestro, "Dios ha hecho esto, porque se hace en una hora, ¿no lo ha hecho cuando se realiza en veinte años?". Era la misma obra en ambos casos, era sólo la rapidez lo que asombraba a su alumno.

Así, hermanos, cuando vemos a la iglesia gradualmente edificada y convertida, perdemos tal vez el sentido de un Dios presente, pero cuando el Señor hace que el árbol corca

repentinamente de un arbolito a un alto y fuerte monarca del bosque, entonces decimos: "Este es Dios." Todos somos ciegos y necios en cierta medida, y queremos ver a veces algunas de estas rápidas subidas, estos movimientos extraordinarios de la influencia divina, antes de que comprendamos plenamente el poder de Dios.

Aprended, pues, oh iglesia de Dios hoy, esta gran lección de la nada del hombre, y del Todo Eterno de Dios. Aprended, discípulos de Jesús, a descansar en Él, buscad vuestro éxito en Su poder, y mientras os esforzáis, no confiéis en vuestros esfuerzos, sino en el Señor Jehová. Si habéis progresado lentamente, dadle gracias por el progreso, pero si ahora le place daros un aumento maravilloso, multiplicad vuestros cantos, y cantad a Aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad.

III. Ahora deseo, con gran seriedad, según me ayude el Espíritu Santo, hacer del texto UN ESTÍMULO PARA UNA MAYOR EXERCIÓN.

El deber de la iglesia no debe medirse por su éxito. Es tanto deber del ministro predicar el Evangelio en tiempos adversos como en épocas propicias. No debemos pensar que si Dios retiene el rocío, nosotros debemos retener el arado. No debemos imaginar que si vienen tiempos infructuosos, debemos dejar de sembrar nuestra semilla. Nuestro asunto es la acción, no el resultado.

La iglesia tiene que cumplir con su deber, aunque ese deber no le traiga ninguna recompensa presente. "Si no te oyeren, Hijo de hombre, si perecieren, perecerán; pero su sangre no demandaré de tus manos". Si sembramos la semilla y las aves del cielo la devoran, hemos hecho lo que se nos mandó hacer, y el deber es aceptado aunque las aves devoren la semilla. Podemos esperar ver un resultado bendito, pero aunque no llegara no debemos dejar de cumplir con el deber.

Pero si bien esto es cierto hasta ahora, debe ser sin embargo un divino y santo estímulo para un trabajador del Evangelio, saber que Dios está haciendo que tenga éxito. Y en la actualidad tenemos mejores perspectivas de éxito que nunca, y por consiguiente debemos trabajar con más ahínco.

Cuando un comerciante abre una pequeña tienda en la esquina, espera un tiempo para ver si tendrá clientes. Poco a poco, su pequeña tienda se llena de gente, tiene un nombre y se da cuenta de que gana dinero. ¿Qué hace entonces? Amplía el local, ocupa el patio trasero y lo cubre, contrata a más empleados y el negocio sigue creciendo, pero no invierte todo su capital en él hasta que ve hasta qué punto es rentable. El negocio sigue creciendo, y se hace con la siguiente casa, y quizás con la siguiente, y dice: "Este es un negocio rentable, y por lo tanto voy a aumentarlo".

Mis queridos amigos, estoy utilizando máximas comerciales, pero son reglas de sentido común, y me gusta hablar así. Hay, en estos días, oportunidades felices. Hay un noble negocio que hacer para Cristo. Donde antes se invertía un poco de capital, un poco de esfuerzo y un poco de donativo, ahora se invierte más. Nunca hubo un interés tan grande como ahora. Será devuelto en los resultados ciento por ciento, es más, más allá de todo lo que esperabas verás prosperar la obra de Dios.

Si un granjero supiera que se avecina un mal año, tal vez sólo sembraría uno o dos acres, pero si algún profeta le dijera: "Granjero, el próximo año habrá una cosecha como nunca la ha habido", diría: "Araré mis pastos, talaré esos setos, cada palmo de tierra lo sembraré." Tú también.

Se acerca una cosecha maravillosa. Arad vuestras cabeceras, desarraigad vuestros setos, roturad vuestros barbechos y sembrad, aun entre las espinas. No sabes qué prosperará, si esto o aquello, pero puedes esperar que sean igualmente buenos. A un mayor esfuerzo debe seguir siempre una mayor esperanza de éxito.

Y permítanme darles otro estímulo. Recuerden que aun cuando llegue este avivamiento, todavía se necesitará un instrumento. El labrador es necesario, aun después de la cosecha, y el pisador de uvas es necesario, no importa cuán abundante sea la cosecha, cuanto mayor sea el éxito, mayor será la necesidad de un instrumento.

Al principio empezaron a pensar en el norte de Irlanda que podían prescindir de los ministros, pero ahora que el Evangelio se ha extendido, nunca hubo tanta demanda de predicadores del Evangelio como ahora. Los hombres orgullosos decían en sus corazones: "Dios ha hecho esto sin la intervención del hombre". Digo que lo decían con orgullo, pues existe la humildad orgullosa, pero Dios les hizo rebajarse. Les hizo ver que, después de todo, Él bendeciría la Palabra por medio de Sus siervos; que haría a los ministros de Dios "poderosos para la destrucción de fortalezas".

Hermanos y hermanas, no tenéis que pensar que si vienen tiempos mejores, el mundo prescindirá de vosotros. Se os necesitará. "El hombre será precioso como el oro de Ofir". Se agarrarán a vuestras faldas y os dirán: "Dinos qué debemos hacer para salvarnos". Vendrán a tu casa, pedirán tus oraciones, exigirán tus instrucciones, y verás que el más mezquino del rebaño se volverá precioso como una cuña de oro. El labrador nunca será tan estimado como cuando sigue al segador, y el sembrador de la semilla nunca será tan apreciado como cuando viene pisando los talones de los que pisan las uvas. La gloria que Dios da a la instrumentalidad debe animarte a usarla.

Y ahora os ruego y suplico, mis queridos hermanos y hermanas, habitantes de esta gran ciudad de Londres, que no dejéis pasar este auspicioso vendaval sin singular esfuerzo. A veces temo que el viento sople sobre nosotros, y tengamos las velas enrolladas, y por lo tanto el buen barco no pueda navegar. Arriba la lona. Poned cada puntada. Pongamos todo nuestro empeño, mientras Dios nos ayuda. Seamos colaboradores serios con Él.

Creo ver las nubes flotando hasta aquí, han venido del lejano oeste, de las costas de América, han cruzado el mar, y el viento las ha agitado hasta que la verde isla recibió las lluvias en su extremo septentrional. Las nubes están pasando sobre Gales y refrescan las costas que bordean el principado. La lluvia cae sobre Oxfordshire y Gloucestershire, la gracia divina destila, y las nubes se acercan cada vez más a nosotros.

Fijaos, hermanos míos, no se demoran por los hombres, ni por los hijos de los hombres. Hoy flotan sobre nuestras cabezas. ¿Se irán flotando, y nos quedaremos tan secos como siempre? Tuya es hoy la lluvia, pero de Dios son las nubes. Dios ha enviado hoy sobre esta gran ciudad una nube divina de su gracia.

¡Ahora, ustedes Elías, orad! De rodillas, creyentes, de rodillas. Vosotros podéis hacerlo bajar, y sólo vosotros, "Porque esto me pedirá la casa de Israel que haga por ellos". "Probadme ahora con esto," dice el Señor de los ejércitos, "y ved si no abro las ventanas del cielo, y os doy tal bendición que no tendréis lugar para contenerla."

¿Perderéis la oportunidad, cristianos? ¿Dejarán que los hombres se pierdan por falta de esfuerzo? ¿Permitiréis que este tiempo bendito se pierda sin mejorar? Si es así, la iglesia de mil ochocientos sesenta es una iglesia cobarde e indigna de su tiempo, y aquel de ustedes, hombres y hermanos, que no tenga hoy un corazón sincero, si es cristiano, es una vergüenza para su cristianismo. En tiempos como éstos, si no confiamos cada uno de nosotros en el arado, mereceremos en verdad la peor esterilidad de alma que pueda caer sobre nosotros.

Creo que la iglesia a menudo ha sido plagada y vejada por su Dios, porque cuando Dios la ha favorecido ella no ha hecho un uso apropiado del favor. "Entonces", dice Él, "te pondré como Gilboa; sobre tu monte no habrá rocío; mandaré a las nubes que no lluevan más sobre ti, y serás estéril y desolada, hasta que otra vez derrame el Espíritu desde lo alto". Pasemos esta semana en oración especial. Reunámonos todas las veces que podamos, y supliquemos ante el trono, y cada uno de vosotros en privado sea poderoso con su Dios, y en público sea diligente en sus esfuerzos por llevar a sus semejantes a Cristo.

IV. Habré terminado, cuando pronuncie una **palabra de advertencia** para aquellos de ustedes que no conocen a Cristo.

Estoy consciente de que hay muchos aquí los días de reposo por la mañana que nunca

tuvieron el hábito de asistir a un lugar de adoración. Hay muchos caballeros aquí hoy, que se avergonzarían en cualquier sociedad, de confesarse profesantes de religión. Tal vez nunca haya oído predicar el Evangelio durante mucho tiempo, y ahora hay una extraña especie de fascinación que le ha atraído hasta aquí.

Vino la primera vez por curiosidad, tal vez para hacer una broma a costa del ministro, se ha encontrado embelesado, no sabe cómo es, pero ha estado toda esta semana inquieto, ha querido venir otra vez y cuando se vaya hoy, estará pendiente del próximo día de reposo.

No ha renunciado a sus pecados, pero de alguna manera ya no son tan placenteros como antes. No puede jurar como lo hacía, si un juramento sale de canto, no sale en la forma redonda que solía hacerlo, él sabe mejor ahora. Es a esas personas a las que me dirijo.

Mis queridos amigos, permítanme expresar mi sincera alegría de que estén aquí, y permítanme también expresar la esperanza de que estén aquí por un propósito que aún no comprenden. Confío en que Dios tiene un favor especial para ustedes, y por eso los ha traído aquí. Con frecuencia he observado que en cualquier avivamiento de la religión, no son a menudo los hijos de padres piadosos los que son traídos, sino aquellos que nunca antes supieron nada de Cristo.

Los medios ordinarios suelen bendecir a los que los frecuentan constantemente, pero el esfuerzo expreso y la influencia extraordinaria del Espíritu alcanzan a los que estaban fuera de los cristianos nominales y no hacían profesión de religión. Tengo la esperanza de que pueda llegar a usted.

Pero si despreciaran la Palabra que han oído, si la impresión que les ha causado, y ustedes saben que les ha causado, se desvaneciera, uno de los más horribles pesares que tendrán jamás, cuando recobren su recto sentido y razón en el otro mundo, será el sentimiento de que tuvieron una oportunidad, pero que la descuidaron.

No puedo concebir un lamento más triste que el del hombre que clama al fin en el infierno: "La cosecha ha pasado; hubo una cosecha; el verano ha terminado; hubo un verano; y yo no soy salvo".

Ir a la perdición en tiempos ordinarios es el infierno, pero salir de debajo del sonido de un ministerio ferviente, donde se te pide que vengas a Cristo, donde se te ruega con lágrimas sinceras que vengas a Jesús, ir allí después de haber sido advertido, no es ir simplemente al infierno, sino al propio infierno de los infiernos. La médula y el tuétano de la condenación están reservados para los hombres que oyen la verdad y también la sienten, pero sin embargo la rechazan y se pierden.

Oh, mi querido oyente, este es un tiempo solemne para ti. Ruego que Dios el Espíritu Santo les recuerde que puede ser ahora o nunca para ustedes. Puede que nunca tengas otra advertencia, o si la tienes, puede que te endurezcas tanto que te rías de ella y la desprecies. Hermano mío, te ruego, por Dios, por Cristo Jesús, por tu propio bienestar inmortal, que te detengas y pienses ahora si vale la pena desperdiciar la sagrada oportunidad que ahora se te presenta. ¿Irás y bailarás tus impresiones, o te reirás de ellas fuera de tu alma? Ah, hombre, puedes reírte hasta el infierno, pero no puedes reírte para salir de él.

Hay un punto de inflexión en la vida de cada hombre cuando su carácter se fija y se asienta. Ese momento decisivo puede ser hoy. Puede ser que haya algún asiento solemne en este salón, que si un hombre conociera su historia nunca se sentaría en él; un asiento en el que un hombre se sentará y oirá la Palabra, y dirá: "No cederé, resistiré la impresión, la despreciaré, tendré mis pecados, aunque esté perdido por ellos". Marca tu asiento, amigo, antes de irte, haz una mancha roja de sangre a través de él, para que la próxima vez que vengamos aquí podamos decir: "Aquí un alma se destruyó a sí misma."

Pero ruego más bien que Dios el Espíritu Santo susurre dulcemente en tu corazón: "Hombre, ríndete, pues Jesús te invita a venir a Él". Oh, que mi Maestro sonría en tu rostro esta mañana y diga: "Amo tu alma, confíamela a Mí. Renuncia a tus pecados, vuélvete a Mí". Oh, Señor Jesús, hazlo, y los hombres no te resistirán. Oh! muéstrales Tu amor, y se rendirán. Hazlo, oh Crucificado, por Tu misericordia. Envía ahora Tu Espíritu Santo, y trae a los extraños a casa, y en esta auditorio concédenos, oh Señor, que muchos corazones se abandonen plenamente a Tu amor, y a Tu gracia.